

La Mansión Campestre del Déspota

EN EL AMBIENTE SERENO DE KUQUINE SE FRAGUARON LOS PEORES PLANES CONTRA EL PUEBLO

Reportó: FULVIO A. FUENTES

FOTOS: RAUL GARCIA



DURANTE 7 trágicos años la finca Kuquine se asoció al drama de Cuba como uno de los símbolos odiosos de la Tiranía. Allí, en un clima sereno y bucólico que debía invitar a la paz, Fulgencio Batista urdió muchos de sus planes de guerra contra el pueblo. Desde la biblioteca, a la sombra de los libros, se dictaron instrucciones que costaron sangre y vidas.

Kuquine ocupa una extensión de

En los días de la dictadura, el aparatoso despliegue de precauciones denunciaba la presencia de Batista en su mansión campestre. Los carros del SIM, perseguidoras y autos particulares del servicio secreto patrullaban la zona. El cerrado cordón de vigilancia se extendía a todo lo largo de las rutas que conducen a la finca.

Hoy, Kuquine está bajo la custodia de las milicias del Movimien-

Por esta portada salió Batista la funesta madrugada del 10 de marzo de 1952 para asestar una puñalada traidora a la República. Ahora, a la sombra de los gruesos murallones de cantería, los milicianos del Movimiento 26 de Julio hacen guardia. Ya ha desaparecido la presencia hosca y recelosa de los soldados del dictador. Los vecinos, que antes no se atrevían a transitar por las proximidades de Kuquine, departen en amable charla con los jóvenes revolucionarios.

En el despacho privado del dictador, Lincoln Liaguno, delegado del gobierno en Kuquine, vuelve el rostro hacia el reportero para responder a una pregunta. A su lado, Segundo Rodríguez, a quien el desplome de la tiranía salvó la vida. En la pared, un viejo retrato de Batista en sus días de oscuro sargento. Al fondo, en el librero, se guardaban docenas de ejemplares de "Un Sargento nombrado Batista", de Edmond Chester, y "Batista y Cuba", de un tal Ulpiano Vega Cobiellés.



Una vista del salón de conferencias políticas instalado en una de las alas de la biblioteca de Kuquine. En estos mullidos butacones reposaron muchas veces los colaboradores de la dictadura para discutir importantes cuestiones de gobierno. Por aquí desfilaron también, furtivamente, muchas de las turbias figuras de la oposición pacífica y electorera. En los últimos tiempos, empero, cesaron tales conferencias. El centro de las actividades se había desplazado hacia el cubil fortificado de Columbia.



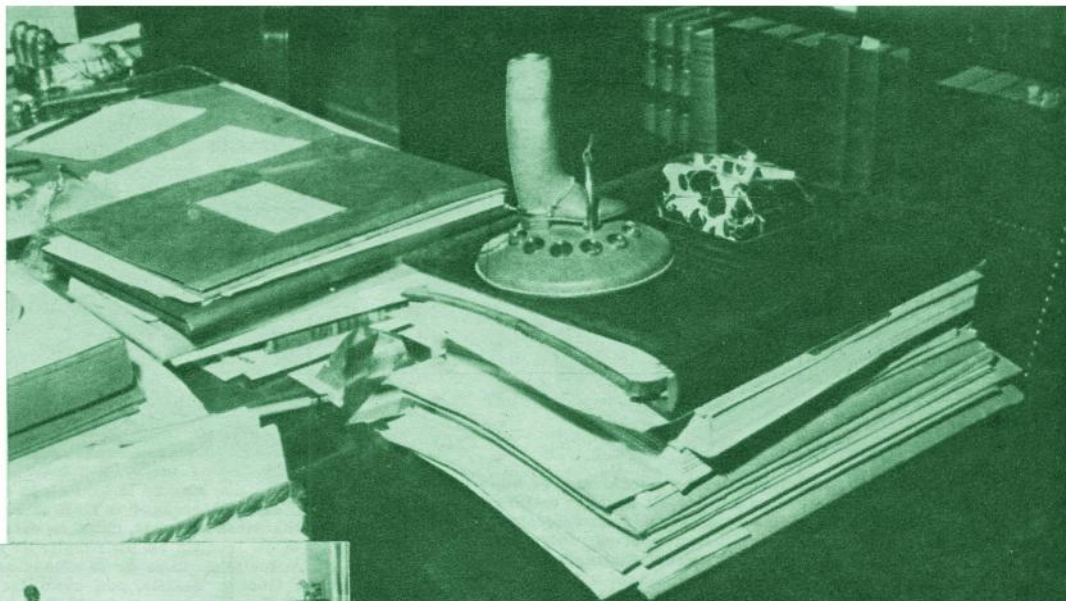
17 caballerías. Está estratégicamente enclavada al borde de la Autopista del Mediodía, encerrada en el triángulo de comunicaciones que forman la carretera central, la de Cantarranas a Entronque de Guatao y la que va de San Pedro a Punta Brava

to 26 de Julio. Nada se ha tocado. La propiedad se encuentra en el mismo estado en que la dejaron sus antiguos moradores. Los empleados, tanto administrativos como domésticos, permanecen en sus puestos. La guarnición militar conserva sus armas y obedece las or-

denes de los oficiales del M-26-7 y de los delegados civiles que vienen actuando con carácter provisional.

Una de las primeras medidas dictadas por la ocupación revolucionaria, ha dispuesto que la gran producción de leche de la vaquería de Kuquine, uno de los tantos negocios de Batista, se destine a hospitales, creches, etc. Cada mañana en transportes de la ONDI, el Asilo Cristo de Limpias y otras instituciones de asistencia social, reciben su cuota de leche que oscila entre cien y ciento veinticinco litros diarios.

BOHEMIA es la primera publicación, cubana o extranjera que ha podido penetrar en Kuquine tras el desplome del régimen. Cada una de las fotos que ilustran este reportaje constituye un insulto a la miseria y el sufrimiento del pueblo cubano asolado por la guerra.



En la mesa de trabajo de Batista, sobre los portafolios repletos de documentos cuyo estudio y tratamiento interrumpió la precipitada fuga, reposa un original pisapapel y portaplumas que venía a ser un signo distintivo del régimen. Una bota militar de dorada espuela se apoya, insolente, en un estribo. Todos los papeles están en la misma posición en que fueron encontrados. Por los bordes de las numerosas carpetas y "files" asoman notas a lápiz, de puño y letra del despota.

Mientras se desangraba Cuba, Fulgencio Batista, como un sátrapa asiático, vivía en una atmósfera de criminal hedonismo, acumulando tesoros fabulosos.

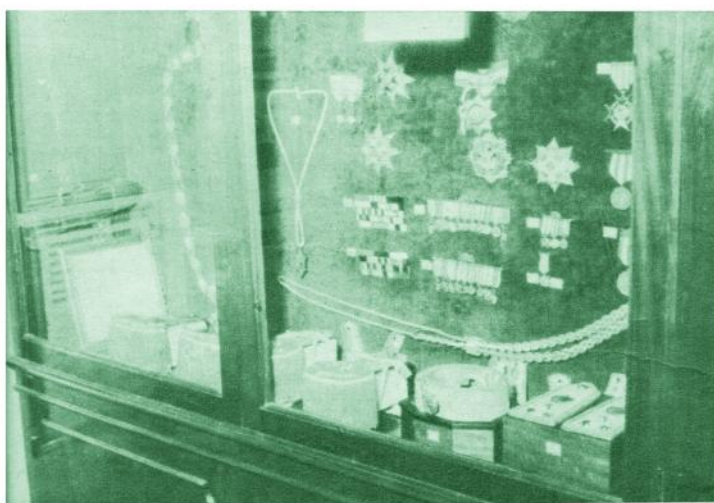
En opinión de Lincoln Llaguno, provisionalmente a cargo de la suntosa propiedad, Kuquine debe pasar a ser un museo que sirva de

advertencia permanente a la ciudadanía, alertándola contra los gobernantes corrompidos, y que haga de lección para los futuros mandatarios nacionales que deben aprender en los ejemplos negativos de Batista y de Kuquine, cómo el afán de riquezas sólo conduce al deshonra y a la fuga.

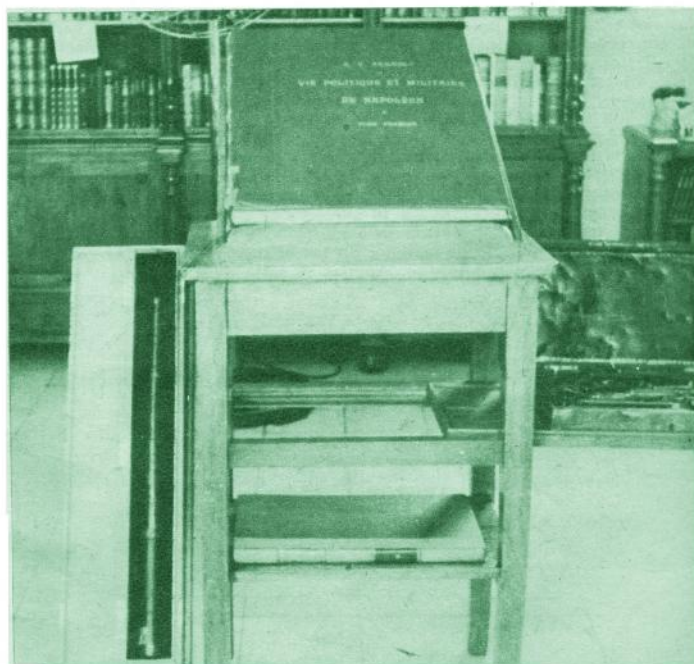


El simulador taimado que había en Batista aparentó siempre, con propósitos de propaganda, una profunda devoción por la figura de Abraham Lincoln. En sus entrevistas con los periodistas norteamericanos procuraba presentarse como un fervoroso admirador y discípulo del presidente mártir. Como elementos accesorios de la cinica patraña, una de las estanterías de la biblioteca estaba dedicada al gran Emancipador. Sobre la repisa, fotos, bustos y documentos manuscritos de indudable valor histórico.

Batista también, como la mayoría de los dictadores de origen cuartelario, tenía el complejo napoleónico. En sus charlas íntimas hablaba del 4 de septiembre como de un 18 Brumario y del madrugón del 10 de marzo como un regreso de Elba. En sitio de honor de la biblioteca se encuentra un ejemplar de "Vie Politique et Militaires de Napoléon" de A. V. Arnault, editada en 1822. A la izquierda, en un estuche, el telescopio que usó el Emperador en Santa Elena. A la derecha una caja guarda dos pistolas que pertenecieron al vencedor de Austerlitz.

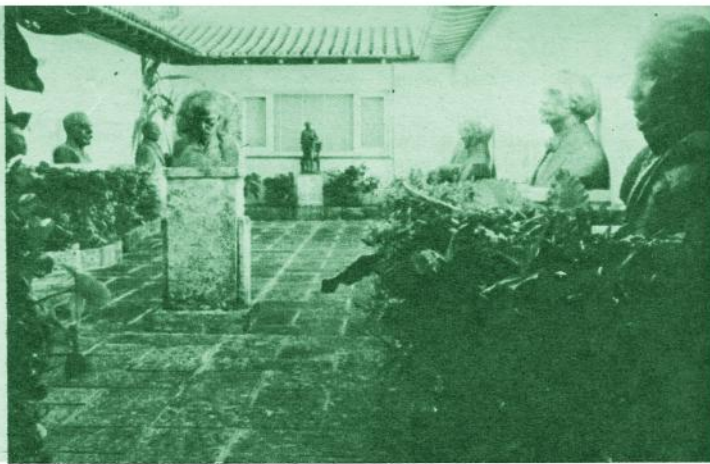


Una vitrina encierra las condecoraciones, insignias militares y charreteras que decoraban el aparatoso uniforme del dictador en sus días de jefe del ejército. Hay de todo; cruces, medallas, cintas multicolores, enojados collarines, pasadores, cordones en oro y blanco. Nada, en esa utilidad de guerrero, responde a los nobles y legítimos laureles de un general victorioso. Allí todo evoca tristes victorias contra el pueblo.

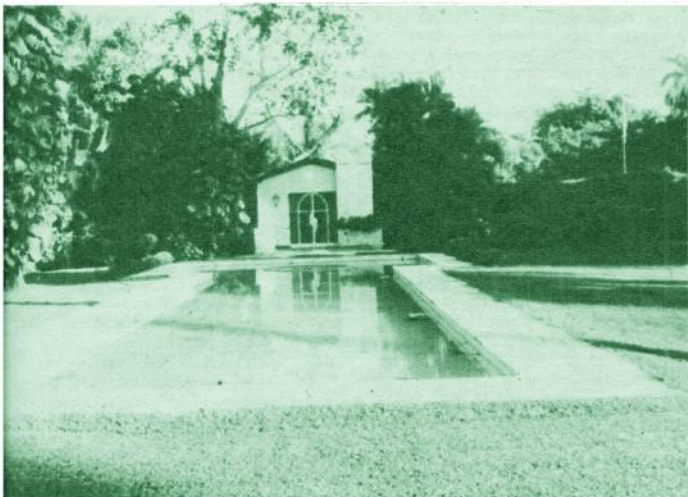




El fausto de Kuquine no siempre marcha parejo con el buen gusto. La acumulación arbitraria de objetos de arte de diverso estilo cobra, en algunas salas, aspectos de quincallería o rastro. Esta colección de bustos y estatuillas semeja un muestrario. Ghandi aparece entre Montgomery y Churchill; Stalin flanqueado por el mariscal Ronnell y Benjamin Franklin. Al extremo derecha, Juana de Arco, Dante y Homero. Por supuesto, no falta un Batista en mármol, con abierta camisa deportiva.

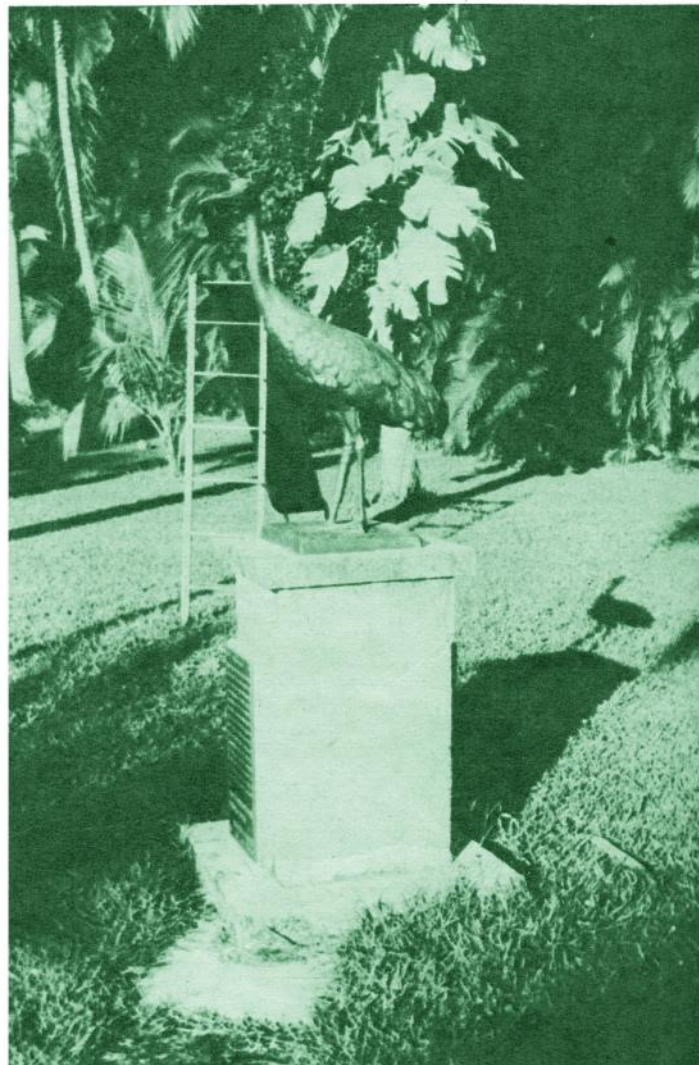


Entre las dos alas de la biblioteca el dictador instaló la que bautizó como Patio de los Héroes. Las figuras son originales de artistas cubanos o copias de otras famosas, como la estatua de Lincoln, que es una réplica de la que se levanta en un parque de la ciudad de Boston. En la galería figuran los inmortales de la emancipación americana, desde Bolívar a Máximo Gómez. Batista, con ejemplar modestia, no se incluyó a sí mismo en su Patio de los Héroes.



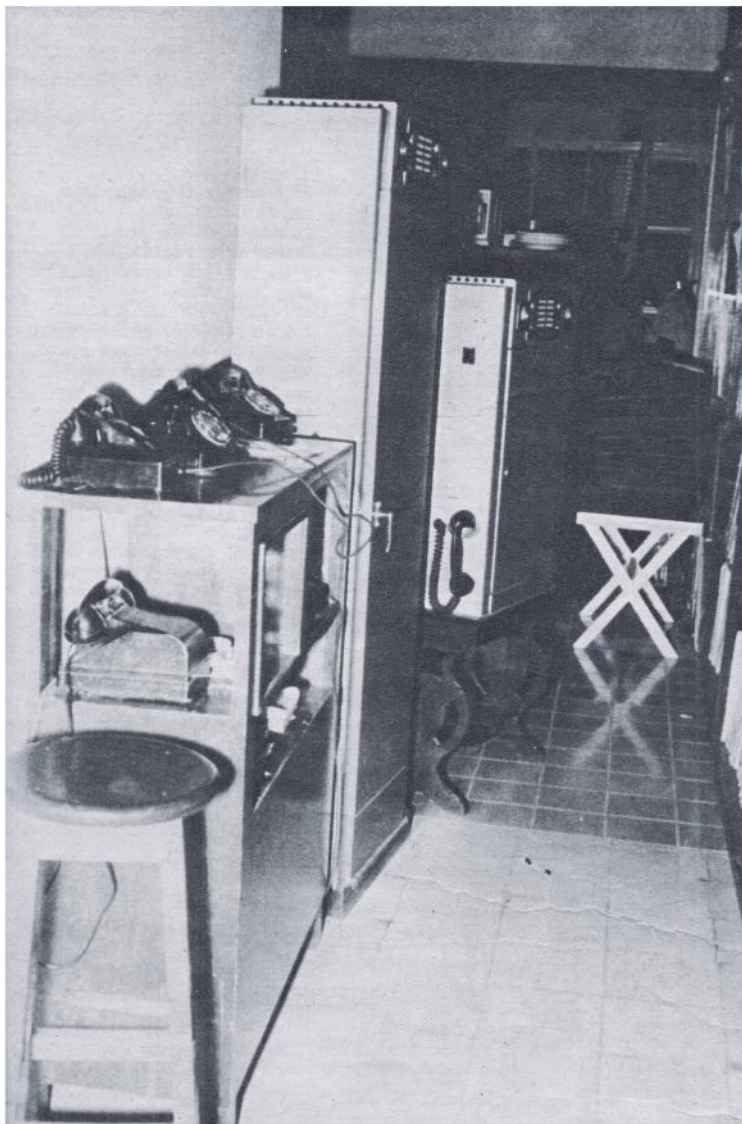
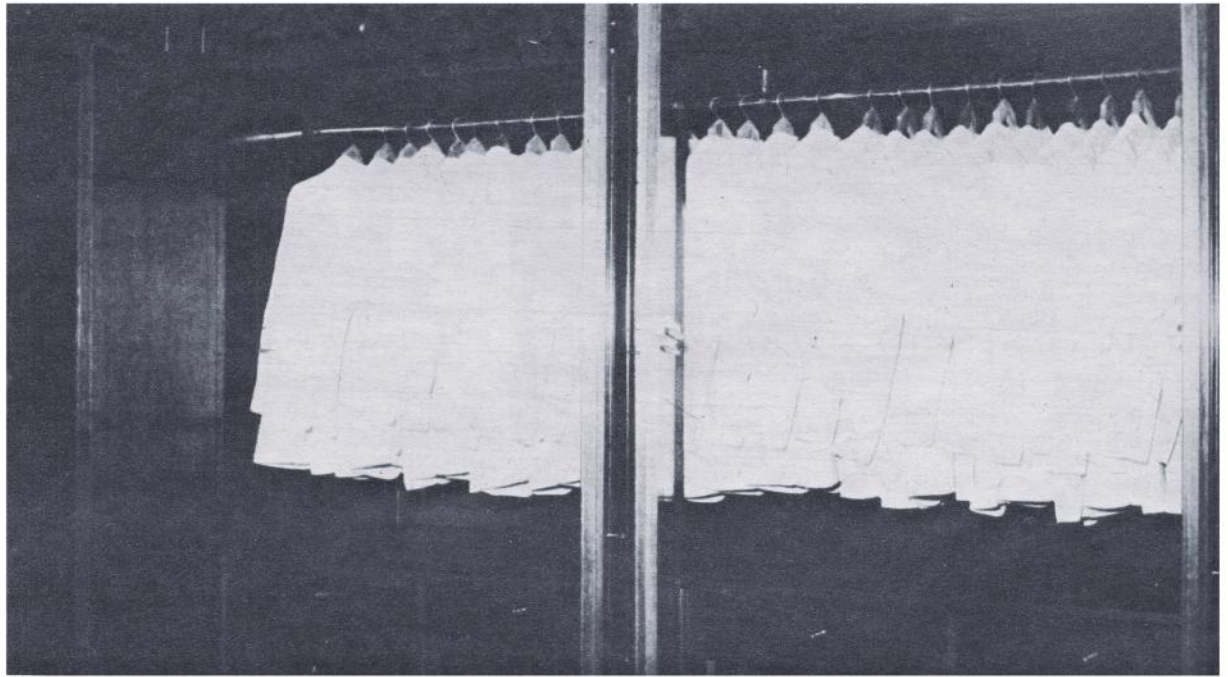
Frente a la residencia, en una rotonda de césped, Batista había hecho construir un espejo de agua que reflejaba la fronda y las palmas. También edificó una pequeña capilla donde a veces se oficiaba. Estas preocupaciones católicas no impedían la presencia, en otros altares, de caracoles, mazorcas de maíz, patas de gallo y otras manifestaciones de sincretismo religioso. La inclinación al "babalao" se fue acrecentando a medida que la dictadura se iba resquebrajando bajo los golpes certeros del ejército rebelde y la resistencia ciudadana.

Esta era la mansión del dictador, recubierta de tejas acanaladas de color rojo y portales y terrazas con techo de maderas preciosas y columnas de caoba primorosamente labradas. Según el mayordomo José Díaz, la mansión no llegó a ser inaugurada y ni siquiera se pudo completar el mobiliario. La casa había sido dotada de instalaciones para música indirecta a fin de aliviar los nervios de Batista. En las últimas semanas del régimen, FB no visitó Kuquine. Apenas si salía de Columbia.

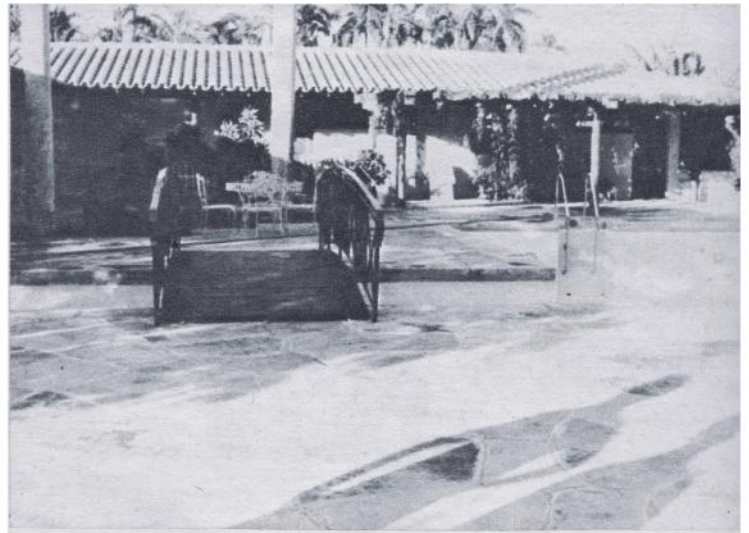


La famosa grulla de la pata de palo, enarbolada por los batisteros como símbolo político durante la farsa electorera de 1954, ocupa un pedestal de honor en los jardines de Kuquine. Una tarja reproduce párrafos del discurso en que el déspota narró la triste peripecia de la inocente palmpieda, sacrificada, según explicó, al feroz revanchismo de sus adversarios. El grito de "¡la grulla no morirá!" anunciaba claramente la intención de permanecer en el poder por tiempo indefinido... ¡o hasta que el pueblo los echara!

En el ropero de Batista se alinean 36 trajes de dril 100 en espera de la próxima temporada veraniega. Ninguno de ellos volverá a vestir la anatomía del dictador. Al parecer, FB era hombre de hon- das preocupaciones sar- toriales, pendiente de la albura immaculada del atuendo y de la raya del pantalón. Solía cambiarse de traje va- rias veces al día, tan pronto como la trans- piración descubría su huella irreverente. La limpieza exterior con- trastaba con su repe- lente suciedad moral.



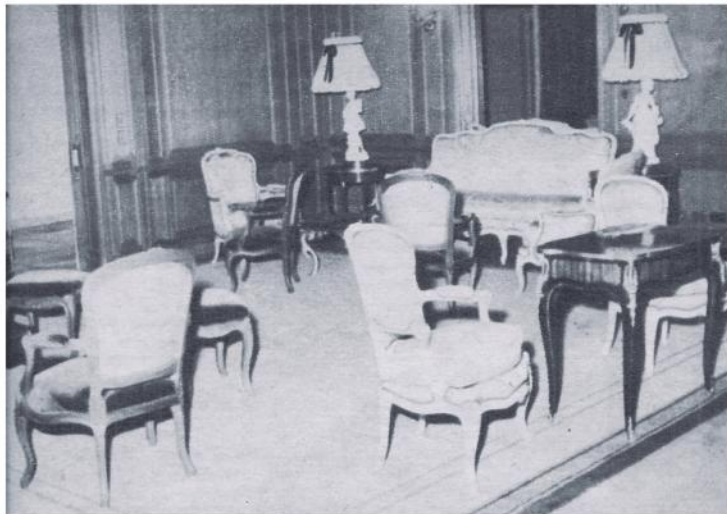
A unos pasos del Patio de los Héroes, en la propia biblioteca, esta planta de radio y micro-ondas pone una nota siniestra. Muchas noches Batista abandonaba la lectura para comunicarse con el SIM, con la jefatura de policía o con Ventura, que daban cuenta de un arresto importante, un hallazgo de armas o la confesión, arrancada por la tortura, de cualquier de venturado prisionero. El dictador impartía sus órdenes y luego, se- renamente, sin un remordimiento, retornaba a sus libros.



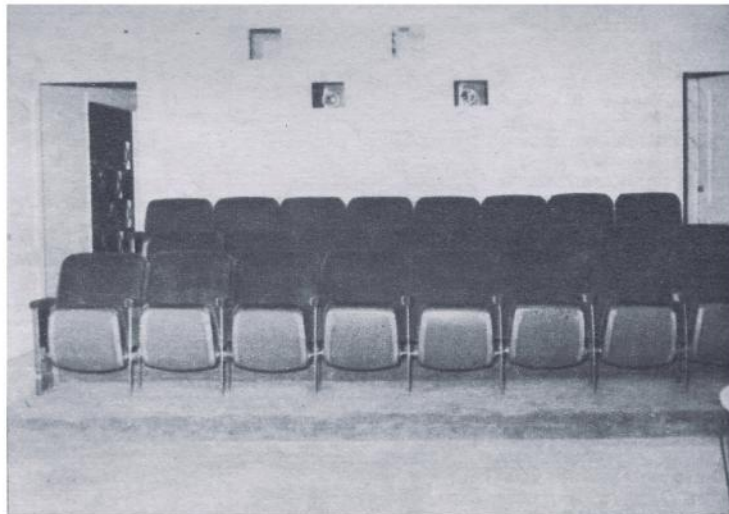
La piscina está dividida en dos secciones, una más pequeña para niños y otra para los adultos, con profundidades hasta de veinte pies para practicar el "diving". Del otro lado, pasando por un puente japonés, se encuentran las cabañas, el merendero y el bar de ricas maderas y reluciente nickel. Entre los elementos decorativos de los jardines hay tinajones camagüeyanos que datan de 1856 y una vieja campana de bronce, reliquia de algún ingenio colonial.

Un ángulo de la sala de música, con el piano de cola pulido y brillante como un espejo, da fe de la suntuosidad de la residencia privada del dictador. Relatan los empleados que Batista, meses atrás, cuando visitaba las obras, solía hablar de futuras noches de concierto con artistas invitados, para recreo propio y de un escogido grupo de sus íntimos. La jornada libertadora del primero de enero frustró las gratas veladas artísticas con que soñaba FB.





La sala está amueblada y decorada al estilo Luis XV. Las lámparas son figurinas de porcelana y todo exhibe el aspecto recargado y artificioso de un pequeño Trianon. La caída del régimen malogró el espectáculo grotesco de la marzada, brutal y zafia, moviéndose en semejante escenografía versallesca. A Batista y sus invitados potenciales, los Ventura, Carratalá, Pilar García, etc., se les concibe en el escenario odioso de los calabozos de tortura, pero nunca haciendo de protagonistas en una acuarela de Watteau.



La residencia principal de Kuquine está dotada de una magnífica sala de proyección, con una triple fila de butacas de peluche, forradas en terciopelo rojo. Al decir de los empleados de la casa, Batista no tenía preferencia por un actor o tipo de película determinada. Lo mismo hacía pasar un "oeste" como una cinta terrorífica de Boris Karloff. Es dudoso que, presionado por la imponente marejada rebelde, pudiera fijar su atención en la pantalla.



El teniente Orlando Alonso, de las milicias del Movimiento 26 de Julio, autoriza una rápida ojeada a lo que los revolucionarios han bautizado como el cuarto de los tesoros. En un reducido espacio se acumulan porcelanas chinas y de Sevres, bandejas y cuchillería de plata, relojes, estatuillas, objetos de arte de todos los estilos y todas las épocas. El espectáculo recuerda las riquezas descubiertas en el palacio del rey Farauk de Egipto. Según cálculos, el cuarto de los tesoros guarda riquezas por más de 300 mil pesos.

En el aeropuerto, en la urgencia de la fuga, el dictador dejó atrás veinticuatro maletas que hoy se guardan en Kuquine convenientemente selladas, a disposición de las autoridades revolucionarias. ¿Por cuales motivos Batista abandonó parte de su equipaje? Es posible que las olvidara en el pánico de la huida o acaso que en el último minuto algún esbirro desesperado exigió a punta de pistola su pasaje en el avión y hubo que aligerar la carga.

